

MANUEL CASTILLO MARTOS
JOAQUÍN RODRÍGUEZ MATEOS

SEVILLA BARROCA Y EL SIGLO XVII

(2.^a EDICIÓN REVISADA Y AUMENTADA)

Prólogo a la 2.^a edición Eva Díaz Pérez



Sevilla 2019

SUMARIO

AGRADECIMIENTOS	11
-----------------------	----

PRÓLOGO A LA 2ª EDICIÓN: UN VIAJE A LA METÁFORA BARROCA	13
Eva Díaz Pérez	

PRÓLOGO A LA 1ª EDICIÓN: SEVILLA EN EL XVII: EL ESPLENDOR DE LA DECADENCIA	15
Ismael Yebra Sotillo	

PRIMERA PARTE: VIDA SOCIAL, CULTURAL Y CIENTÍFICA Manuel Castillo Martos

Marco histórico	27
El hombre del barroco	35
La historia oceánica de Sevilla	51
Los japones en Sevilla	52
La Flota y el control por la Casa de la Contratación	54
La Lonja y Corredores	57
La Casa de la Contratación y otras instituciones relacionadas con las ciencias	61
De Sevilla a Cádiz	66
De Casa de la Contratación a Archivo General de Indias	72
Los bienes de difunto y la Casa de la Contratación	73
Trasiego de azogue de Almadén a Sevilla. Las Atarazanas	74
La limpieza en la ciudad	78
Conservación y mantenimiento de edificios	80
Pérdida de poder y prestigio. Urbanismo, población y sociedad	83
El conde-duque de Olivares y Sevilla	83
Renovación urbana	90
Catástrofes naturales y epidemias. Influencia en la economía	93
Guerras y milicia	115
Otros hechos	119

Estructuras científica, socioeconómica y monetaria	123
Monedas circulantes	127
Comercio y economía en el circuito intercontinental	130
El arbitrista	136
Industrias y gremios	141
Aspectos generales	141
Los gremios. Su actuación	142
Textil	148
Vidrio	151
Tabaco	151
Real fundición de cañones. Fábrica de artillería	153
Corolario de esta industria	159
Calidad de los metales y aleaciones	161
Casa de la Moneda y situación monetaria	162
Cerámica	168
Jabón	172
Aceite	180
Plateros y arte de la platería	181
Vitivinicultura	184
Primera fábrica de cerveza en Sevilla	185
La nueva ciencia del siglo XVII y Sevilla	187
Antecedentes	187
Nueva mentalidad	192
Ciencia y tiempo del barroco	193
Ciencia y técnica	204
La unidad de la ciencia en el siglo XVII	207
Medicina, novatores y academia	213
Veneranda Tertulia Médica Hispalense	217
De Sociedad Regia Filosófica y Médica de Sevilla a	
Regia Sociedad de Medicina y otras ciencias de Sevilla	221
Polémica entre los médicos revalidados y los novatores	223
Instituciones y estudios científicos	229
Colegio de Matemáticas y Navegación	229
La Universidad de Sevilla	232
Ciencias en la Universidad	233
Actividades culturales	245
Centros de enseñanza y tertulias literarias	247
Literatura, pintura y escultura	250
Bibliotecas y producción librea	254
Manifestaciones culturales	277
El teatro	277
Fastos, fiestas y ritual	285
El rito del riesgo y afirmación. Real Maestranza	
de Caballería de Sevilla	297
Juegos de cañas y corridas de toros	298

Mendicidad, hospitales e instituciones asistenciales	317
La Cárcel Real	317
Hospital y templo de la Hermandad de la Santa Caridad	319
Solicitantes de caridad	321
La novela picaresca	325
Hospitales y casas de acogida	328
La Casa Cuna: expósitos, amas de cría, picaresca y caridad	332
Prostitución y casas de mancebía	340
La Iglesia y la justicia en las relaciones de pareja	343
La Iglesia y el clero	347
Proceso de santificación de Fernando III	347
Exhumación del cuerpo incorrupto de doña María Fernández Coronel	351
El hampa, sectas y autos de fe	351
Los alumbrados	354
El Castillo de San Jorge	359
Fundaciones religiosas y obras en templos	362
Economía. Diferencia entre los dos Cabildos de la ciudad	375
Coda	387

SEGUNDA PARTE:
RELIGIÓN Y RELIGIOSIDAD EN LA
SEVILLA DEL SIGLO XVII
Joaquín Rodríguez Mateos

Religiosidad y Contrarreforma	391
La vivencia cotidiana de lo religioso	391
Religión y Contrarreforma: una religiosidad dirigida y emocional	394
La Sevilla barroca	401
Sevilla, «ciudad de Dios»	401
La <i>religiosidad expuesta</i>	404
Sevilla, una ciudad conventual	412
Las formas del adoctrinamiento y la pedagogía:	
la transmisión religiosa	417
La oratoria sagrada	417
La literatura piadosa	422
Dirigismo, control y represión	425
El Sínodo de Sevilla de 1604	426
La visita pastoral	436
La represión de la heterodoxia y la actividad inquisitorial	438
El estigma de la disidencia	450
El imaginario contrarreformista	453
La visión de la muerte y el culto a las ánimas del Purgatorio	454
El culto a los santos, imágenes y reliquias	461
La cuestión inmaculista y la «guerra mariana»	470

El primer acto: los años de exaltación inmaculista	478
El segundo acto: el Breve pontificio de 1622	499
El último acto: la Bula de 1662	504
El fenómeno rosariano	509
La práctica religiosa privada	519
La religiosidad doméstica	519
Las penitencias de sangre y el ejercicio de la disciplina	523
El asociacionismo religioso	529
El sistema de cofradías de la Modernidad	529
Las cofradías de sangre	537
El control eclesiástico de hermandades y cofradías	545
Continuidad y cambio en el modelo	552
El fenómeno de la hospitalidad	556
El festejo y la celebración religiosa	563
Una religiosidad teatral: fiesta y drama sacro	563
Las grandes fiestas anuales: Semana Santa y Corpus Christi	568
El regocijo religioso: beatificaciones y canonizaciones	571
Cofradías y festejos	578
Un siglo de festejos religiosos	581

APÉNDICES

Manuel Castillo Martos

Apéndice I. Impresores en Sevilla y obras impresas en la ciudad	589
Apéndice II. Fondo bibliográfico. Obras del siglo XVII	600
Apéndice III. Asistentes de Sevilla	607
Apéndice IV. Presidentes del Consejo de Indias	609
Apéndice V. Presidentes de la Casa de la Contratación	610
Apéndice VI. Cargos directivos del Consulado	611
Apéndice VII. Regentes de la Real Audiencia	614
Apéndice VIII. Arzobispos de Sevilla	615
Apéndice IX. Artesanos ceramistas del siglo XVII en Sevilla	616
Apéndice X. Socios de la Regia Sociedad de Sevilla	617
Apéndice XI. Médicos	619
Apéndice XII. Algunos dramaturgos relacionados con Sevilla	636
Apéndice XIII. Escritores, pintores y escultores	643
Apéndice XIV. Oficios y sus artífices	667

BIBLIOGRAFÍA	741
--------------------	-----

Prólogo a la 2ª Edición

UN VIAJE A LA METÁFORA BARROCA

Hay libros que reflejan un mundo, una época, un paisaje. *Sevilla barroca y el siglo XVII* es una obra que retrata una ciudad en uno de los momentos-encrucijada de su Historia. Un volumen que invita a pasear al lector por las calles de Sevilla como en una fabulosa máquina del tiempo en un excepcional ejercicio de erudición y divulgación.

Quien quiera conocer en profundidad la Sevilla barroca debe adentrarse en este libro en el que no queda nada al azar. Todos los matices se incluyen en sus páginas: crónica de hechos históricos, funcionamiento de las instituciones, economía, vida cotidiana, religión, catástrofes naturales, mundo artístico, diversiones. El lector tiene la sensación de ser un habitante de la ciudad del siglo XVII, de caminar por las plazas y mercados, recorrer el fabuloso puerto de las Indias, mancharse las botas en los fangos del Arenal, adivinar el olor de la plata fundiéndose en la Casa de la Moneda, reconocer el aroma de las almonas y disfrutar con los juegos de cañas que se hacían cuando nacía algún Infante de España.

Sus autores, Manuel Castillo Martos y Joaquín Rodríguez Mateos, han realizado un trabajo prodigioso. *Sevilla barroca* es el resultado de toda una vida dedicada a investigar en archivos, a contemplar con mirada de curiosidad los cuadros que documentan el pasado, de intuir los paisajes sonoros de una época, de intuir las voces de otro tiempo en pasajes literarios.

Encierra este libro un viaje asombroso a esa ciudad de contrastes que fue la Sevilla barroca, donde se citaban los siete pecados capitales, pero que al mismo tiempo era un lugar marcado por la religión. Una ciudad que encerraba la metáfora de la *vanitas* barroca con su proclamación de la fugacidad del tiempo y lo breve de las glorias del mundo, pero que también era capaz de mostrar sutilísimos y sofisticados trampantojos que demostraban su poderío como escenario de la gran fiesta barroca.

El libro muestra esa paradójica convivencia del esplendor literario y artístico del Siglo de Oro junto con la decadencia económica que provocaba

este tiempo de hambrunas, guerra, epidemias y revueltas sociales. Porque del desengaño barroco nacería precisamente una de las grandes épocas de nuestra cultura.

Se analizan los episodios que marcarían la Historia de la ciudad como el motín del barrio de la Feria en 1652 o la epidemia de peste de 1649 que diezma a la ciudad. Y se explica el funcionamiento de instituciones como la Casa de la Contratación o la Lonja de Mercaderes. El lector se adentra en los talleres gremiales y en las actividades industriales de la Real Fundición de Cañones, pero también en las academias científicas y en las reuniones del Real Cuerpo de Maestranza de Caballería. Se divierte en los corrales de comedias y se asoma a las casas de prostitución o los lugares donde se reunían pícaros, valentones, bravos y guapos de germanía.

Sevilla barroca y el siglo XVII presenta ahora su segunda edición gracias al reconocimiento de un público amplio que va desde el interesado en la investigación histórica al sevillano con curiosidad por el pasado de su ciudad. Manuel Castillo Martos y Joaquín Rodríguez Mateos han conseguido describir y analizar la metáfora barroca y, desde luego, el lector ya no volverá a pasear por la ciudad de la misma forma, porque reconocerán la Sevilla del XVII como si realmente habitaran en ella.

EVA DÍAZ PÉREZ

Prólogo a la 1ª Edición

SEVILLA EN EL XVII: EL ESPLENDOR DE LA DECADENCIA

Aun cuando la capital de España en este momento histórico es Madrid, el pulso al imperio hay que tomárselo en Sevilla. Madrid era la capital política, la sede de la corte, pero Sevilla seguía siendo la capital del Imperio Español, el lugar en el que se daba cita la intelectualidad y cuyo decorado servía de inspiración a las más importantes obras literarias, al tiempo que se veían los personajes más oscuros y harapientos de la sociedad de la época. En las capitales imperiales siempre han convivido la cima y la sima de la sociedad, contrastes sociales que, como ha sido una constante a lo largo de la historia, dejan claro que los triunfos y las desgracias no se reparten de manera uniforme.

Sevilla seguía siendo el puerto de España y de Indias, por no decir del mundo. Un mundo que había desplazado, en palabras de E. Vila, su *mare nostrum* del Mediterráneo al Atlántico. La falta de valor de los Austrias a la hora de decidir la capitalidad del imperio entre Lisboa y Madrid, siempre en pos de la seguridad que sólo parecían encontrar tierra adentro, tendría su parangón en la defensa del puerto de Sevilla como puerto de Indias, cuando podría haberlo sido Cádiz desde un principio, y así acabó sucediendo en el siglo XVIII. Solo la presencia de barcos de mayor calado y la decadencia del imperio lograron que Sevilla perdiera su lugar de privilegio. Aquella metrópoli en la que, según decía algún cronista de la época, era posible encontrar leche de pájaros si se deseaba, intentaba mantener el tipo. Pero ya nada era igual. El imperio se desmoronaba y la llegada de los Borbones en el siglo XVIII no sería capaz de arreglar los múltiples errores cometidos por los últimos Austrias.

La trascendental obra de Domínguez Ortiz, *Orto y ocaso de Sevilla*, recoge en su título de forma concisa y precisa la situación vivida por la ciudad durante los siglos XVI y XVII, como ocurre siempre, y en cualquier parte, «las épocas de plenitud son transitorias» (1981: 116). Las ciudades, las naciones, los imperios que han estado en la cumbre en algún momento de la historia, han pasado su esplendor a otros que, a su vez, han ido haciendo lo mismo, y así sucesivamente. Pocas son las ciudades o naciones capaces de volver a

levantarse y seguir por un camino diferente, sin dejarse llevar por la nostalgia y la recreación de un tiempo pasado y un esplendor desaparecido generalmente para siempre.

Así pasó en Sevilla durante los siglos XVI y XVII. De ser la puerta de América y el lugar del que partía y llegaba todo lo que iba o venía del otro lado del Atlántico, de ser el punto de encuentro de todos aquellos que acudían atraídos por semejante caudal de riqueza, la ciudad fue pasando a un segundo plano por cuanto el poder político no estaba en ella. Sevilla era el mercado, el escaparate, pero las decisiones se tomaban en Madrid.

Al igual que suele ocurrir en las ciudades que han llegado a la cima, y más si están en fase de decadencia, Sevilla se divertía de forma presuntuosa. Presuntuosos eran los palacios de nueva edificación y las casas que las órdenes religiosas mandaban construir en la ciudad. Presuntuosos eran los fastos reales, desde las construcciones efímeras por las visitas del rey hasta los catafalcos que espantaron al propio Cervantes. Los autos de fe, las escaramuzas de los indisciplinados soldados destinados en galeras, la presencia de toda clase de pícaros, hetairas y vivedores varios, servían de contrapunto a ese que fue llamado patio de Monipodio.

Aunque la mirada estaba puesta en el Nuevo Mundo, la guerra continuaba en Europa. A España, como frecuentemente le ocurre a las naciones en sus momentos de esplendor, le salían adversarios por todas partes. Ingleses y holandeses seguían siendo los grandes enemigos del imperio. Tampoco fueron mejores las relaciones con Francia, lo que desembocó a final de 1635 en una guerra abierta. Por si fuese poco, no faltaban las dificultades en casa. A mediados del XVII hay levantamientos en Cataluña y tiene lugar la sublevación de Portugal que acabará rompiendo definitivamente la unidad ibérica. A la falta de aptitud de los monarcas y a las equivocadas políticas de Olivares, habría que sumar las epidemias de peste y las grandes riadas que, desde tiempos fundacionales, asolaban la ciudad. Desde el punto de vista literario y artístico Sevilla seguía estando en primera línea, pero la retaguardia socioeconómica estaba desmantelándose. Las desgracias nunca vienen solas y, en este caso, eran muchas y se veían venir.

Todo ello daría pie al descontento de las masas y, por ende, a revueltas sociales, como la que tuvo lugar en 1652 en el barrio de la Feria y que no era la primera vez que ocurría. Ya en 1625 había tenido lugar la conocida *Revolución del Pendón Verde*. Aunque algunos han querido ver en ella focos de sublevación antimonárquica, incluso de independentismo, nada más lejos de la realidad. El pueblo reclamaba comida, es decir, una mejora de su situación económica y material, muy lejos de un ideal revolucionario y mucho menos independentista. Las causas de las revoluciones suelen estar la mayoría de las veces más cerca de las necesidades primarias que de las ideas filosóficas.

Con la decadencia económica y las catástrofes naturales, la *Nueva Roma triunfante en ánimo y grandeza* ve cómo sus pilares se van desmoronando progresivamente. La pérdida de importancia de las atarazanas, la devaluación de la moneda, las múltiples sequías hicieron que «en la Sevilla barroca se codearan el esplendor y la miseria», en palabras de Domínguez Ortiz. El paso de la Casa de Contratación a Cádiz fue, con toda seguridad, el golpe definitivo. A pesar de que Sevilla intentaba mantener el tipo con nuevas construcciones, Fábrica de Tabacos, Residencia de Venerables Sacerdotes, San Telmo u Oratorio San Felipe Neri, la ciudad estaba llena de suciedad (como por otra parte ocurría en el resto de ciudades europeas) y la marginación social alcanzaba niveles escalofriantes. Véase las diferencias sociales, no sólo en vida, sino en los entierros y enterramientos, fueron en aumento. La figura de Mañara emerge por sí misma como conciencia de una sociedad aparentemente cristiana y que se ha hecho aún más radical tras la denominada Contrarreforma.

No por ello, el pueblo deja de divertirse en las plazas de San Francisco y de El Salvador donde se celebran espectáculos taurinos, que logran reunir a tantos espectadores, casi como las ejecuciones públicas dictadas por el Santo Tribunal. Resulta curioso que los denominados juegos de toros y cañas fueran patrocinados, incluso, por el cabildo sevillano. Fue una norma dictada por Inocencio XI en Roma, la que recomendó la ausencia de clérigos de tales espectáculos a los que consideraba de ‘grandes escándalos’.

El siglo finaliza con el reinado de Carlos II. Con su muerte en 1700 se cierra una dinastía a la que el desaparecido monarca puso colofón con el triste privilegio de haber conseguido poner de acuerdo a todos los historiadores en cuanto a lo nefasto de su reinado. Por una vez se logró algo imposible a lo largo de nuestra historia: poner a los españoles de acuerdo.

La obra que prologamos recoge este momento crucial en la Historia de Sevilla que es el paso del siglo XVI al XVII, el tránsito de la gloria a la decadencia. En palabras de los autores, pasamos de la Sevilla del oro a la del oropel. Nada más cierto. La urbe, ante la decadencia y la falta de recursos, ha de reinventarse a sí misma. Una vez más, una ciudad se ve superada por su pasado, se ve incapacitada para mantener su estatus y continúa su marcha en una huida hacia delante que no conseguirá más que prolongar y retrasar la más que segura agonía.

Gran parte de la Sevilla que conocemos en la actualidad está fundamentada en la implantación de esta ciudad americana sobre un diseño almohade. Manuel Castillo, reconocido historiador de la ciencia, nos hace recorrer la Sevilla barroca con gran capacidad de síntesis y rigor universitario, ahondando en las vertientes industrial y científica: no en balde es Catedrático Emérito de Historia de la Ciencia de la Universidad de Sevilla.